

POBLAMIENTO Y URBANIZACION HISPANICOS DEL NUEVO MÉXICO (*)

Claudio Esteve-Fabregat

El poblamiento del Nuevo México por parte de los que fueron primero españoles y con tiempo se convirtieron en los ahora llamados hispanos, debe considerarse como la historia del predominio de la vida rural sobre la urbana. El proceso de urbanización sería extremadamente precario, cuando pensamos que estuvo gobernado por las incidencias propias de una región de frontera en la que el indio impuso durante largo tiempo su iniciativa de guerra. De hecho, la colonización española fue realizada, básicamente, por soldados, labradores y ganaderos, indistintamente capaces, a la vez, de cada una de estas actividades, y en casos hasta probados en el ejercicio de oficios y artesanías. Aunque en ocasiones aparecían grupos de mineros afanosos de conseguir generosas y rápidas riquezas, sin embargo, lo cierto es que la presencia de estos últimos no tuvo influencia cultural profunda en la región, como en cambio sí la habían tenido en Zacatecas y en otros lugares mineros del Norte de México. En el caso,

(*)Este trabajo forma parte de un estudio más amplio, en curso de elaboración. Es el producto de varias temporadas de campo anuales entre los hispanos de Nuevo México, así como de permanencias en archivos de los Estados de Nuevo México, California, Arizona, Texas, además de consultas efectuadas en algunos archivos de la ciudad de México. Lo han hecho posible varias instituciones españolas: "Programa de Fomento a la Investigación"; e "Instituto de Cooperación Iberoamericano". A todas estas instituciones, nuestro más profundo agradecimiento.

y en el Nuevo México, las poblaciones que dependían de la minería desaparecían y aparecían sin igual rapidez de disolución.

Aunque las explotaciones mineras pudieron haber sido económicamente rentables, y si bien los españoles aspiraban a la explotación intensiva de las riquezas mineras, éstas fracasaban a menudo a causa, entre otros motivos, de la dificultad de reclutar fuerza de trabajo india o africana baratas y capaces de mantenerse sobre el terreno, y por otro lado, a causa del hecho de que el acoso indio se convirtió en factor principal de inestabilidad en el Nuevo México.

Virtualmente, la línea verde del Río Grande era la única región de seguridad relativa para todo propósito de mantener una población de familias, pues en realidad la minería era asunto de aventureros y de hombres solteros más que de familias campesinas. Sólo cuando una mina resultaba muy rentable y recibía protección militar suficiente es cuando se producía una cierta estabilidad pobladora, y en tales casos su carácter urbano era más rápido que el de las villas basadas en una fundación de campesinos y ganaderos.

La diferencia entre ambos grupos, mineros y labradores, era muy grande, no sólo en sus actividades económicas, sino incluso en sus objetivos, pues mientras los primeros aspiraban a enriquecerse rápidamente y a emprender negocios en las ciudades, los segundos pretendían arraigarse en la tierra que se les concedía, lo cual afirmaban mediante asentamientos de familias.

En el Nuevo México la vida urbana fue, además de difícil por el acoso de los indios y por sus constantes predaciones sobre los españoles impidiéndoles capitalizar, también lenta por la misma condición cultural de los grupos que podían practicarla, pues en la mayor parte de los casos la población española e hispanizada que acudía a esta región estaba constituida por campesinos y ganaderos de condición humilde y por indios aliados que, básicamente, se ocupaban en las tareas agrícolas, incluso más que con el ganado. Junto con ellos iban gentes artesanas capaces de ofrecer su fuerza de trabajo industrial, pero esta oferta permanecía dificultada por la escasa demanda existente de sus habilidades profesionales.

Vistos así los primeros poblamientos, la urbanización del Nuevo México fue siempre muy lenta y sólo podían representarla unos cuantos militares de graduación por lo menos media, y unos pocos

comerciantes junto con burócratas y eclesiásticos. Todos estos, sin embargo, apenas podían ser económicamente capaces de discurrir una cultura urbana contando con sus propios recursos. En este sentido, la escasa capitalización acumulada por estos grupos constituía una base de capitalización urbana también pobre. Esto coincidía, asimismo, con el hecho de que para la administración española la enorme profundidad de la frontera neomexicana obligaba a considerar más el auxilio militar como a priori del poblamiento, que el desarrollo mismo de la vida urbana.

Desde esta primera perspectiva de conjunto, los poblamientos primeros en el Nuevo México se configuraron en forma de "oasis", esto es, asentamientos que se fijaban en los lugares con acceso relativamente fácil al agua. El oasis urbano se constituyó en un modo cultural relevante de lo que sería un modelo urbano de frontera a partir de la segunda mitad del siglo XVI, sobre todo a finales de éste.

Como punto de partida, el impulso expansionista español hacia el norte de la línea septentrional de Mesoamérica no había representado los mismos caracteres que había tenido la conquista del centro de México. El imperio azteca era una organización política y militar centralizada en la que el dominio y control sobre este centro, Tenochtitlan, aseguraba la conquista del imperio. La estructura de este poder fue aprovechada por los españoles para reemplazar a los aztecas en el ejercicio del poder de estos sobre las otras conquistas españolas, el imperio azteca fue ampliándose precisamente por medio de nuevas expansiones hacia el Norte. La diferencia fundamental entre la conquista española de Mesoamérica y la que se produjo después en el Norte, consistió en que mientras en el primer caso existía un poder centralizado cuya conquista aseguraba el control de un imperio, el norte de México, en cambio, era un mosaico de tribus policentradas en el que la victoria sobre una tribu no aseguraba necesariamente la victoria sobre las demás. En la realidad, sólo el desgaste tribal y las políticas de atracción ejercidas por los misioneros, permitían avanzar en el Norte sin que existiese garantía, por otro parte, de consolidar definitivamente cada uno de estos avances.

El impulso español hacia el Norte presentaba ahora otros caracteres, además de los señalados; ya no eran sólo soldados profesionales los que emprendían las conquistas del Norte. Ahora se

trataba de mezclas de soldados y labradores fáciles de convertir en pobladores permanentes, o en mineros inestables. Eran, asimismo familias espoleadas por el señuelo de la propiedad a partir del momento en que muchas de ellas no habían tenido acceso a las que se habían distribuido en otras partes del Virreinato. Esta era gente de orígenes mixtos: peninsulares, criollos, mestizos, indios, y africanos puros y de mezclas. Así, el Norte de la Nueva España se había convertido en su gran esperanza, y si de hecho representaban ya un sobrante demográfico, en términos de propiedad de la tierra mesoamericana, otros seguían manteniendo el espíritu de conquista y vinculaban sus personas al cumplimiento de los ideales de gesta.

La expansión española hacia el Norte era cuestión de tiempo. Implicaba la acomodación previa al espacio central mexicano de quienes lo habían conquistado y a la vez ejercían en él un poder político, militar, económico y eclesiástico, según los casos. Dentro de estas bases, dicha expansión se hacía con experimentados y todavía insatisfechos españoles peninsulares, pero muchos de los contingentes estaban constituidos, además, por criollos, mestizos e indígenas hispanizados. Esta nueva savia iniciaba, pues, estas conquistas sobre el Norte de México en condiciones diferentes: los indios de esta región eran esencialmente cazadores y recolectores, "bárbaros" en los términos europeos de la época, y no constituían una fuerza de trabajo entrenada como la de Mesoamérica en una civilización urbana de base agrícola. Todo lo contrario: eran grupos nómadas inicialmente inhábiles para servir a los españoles como agricultores. Carecían de entrenamiento urbano, y por esta razón los españoles no podían establecerse, en una primera fase, como señores feudales. Si acaso, podían, ya cristianizados, utilizarlos en el servicio doméstico.

Básicamente, la colonización ahora posible era con familias, en realidad étnicamente autosuficientes, como lo fueron los grupos anglos en la Nueva Inglaterra, con la diferencia, respecto de estos, que los territorios del Nuevo México no tenían la calidad productiva que ofrecieron los de la Nueva Inglaterra a los peregrinos que se instalaron en ella.

En gran manera, sin embargo, el carácter militar de la primera fase de esta expansión hacia el Norte no puede ocultar otros hechos significativos. Estos se distinguen, sobre todo, por el objetivo de la

implantación de la cultura española, a través de colonizaciones. Los objetivos inherentes a esta expansión eran, a la vez, políticos, económicos y religiosos, y el instrumento que permitía consolidarlos era la fuerza militar. Pero también las Misiones jugaban un papel decisivo, en muchos casos, pues se convirtieron en la vanguardia cultural del imperio español cuando debilitaban la voluntad de lucha de los indígenas, y abrían así los territorios de éstas a la penetración de los colonos.

En tal extremo, las colonizaciones del Norte de México fueron grandemente posibles a través de las Misiones, y aunque los frailes eran reacios al establecimiento de poblaciones junto a los indios, y menos confundidas con estos, sin embargo fueron capaces de servir a la política de la Corona española precisamente haciéndola posible en aquellos casos en que ésta hubiera necesitado medios materiales y humanos superiores a los que usualmente se empleaban. La expansión española hacia el Norte, o sea más allá de los límites de la civilización mesoamericana, se hizo con medios materiales y efectivos militares realmente muy escasos para lo que eran los números de población ubicados en aquella región. Y desde luego, si las proporciones de soldados españoles eran muy bajas, también cabe atribuir a sus aliados indios, sobre todo a los tlaxcaltecas, algunos de los éxitos conseguidos en los avances hacia el Norte.

De este modo, un conjunto de factores militares, políticos, culturales, humanos y ecológicos permitió este progreso hacia el Norte, pues en la práctica las condiciones de estas conquistas fueron muy diferentes a las que se habían dado antes en la Nueva España. De hecho, las batallas contra el indio no tenían caracteres decisivos como habían tenido, en cambio, las que se libraron antes con los ejércitos aztecas. Ahora no se trataba de formaciones militares organizadas en forma de ejércitos regulares equipados para largas campañas de conquistas y para extender los territorios políticos de sus naciones.

Lo que se hacía en las campañas del Norte era combatir dentro de límites políticos territorialmente indefinidos en profundidad y a los efectos de su control por los españoles, y asimismo cada batalla era más un acontecimiento de desgaste, que un episodio decisivo. Cada movimiento hacia el Norte significaba el asentamiento de estas familias españolas en su más amplia acepción, racial y étnica, al incluir

peninsulares, criollos, mestizos, indios y africanos de origen y productos de mezcla. Así, cada radicación implicaba, por añadidura, la afirmación de una voluntad pobladora, y al mismo tiempo llevaba consigo la hostilidad india.

Esta hostilidad enfrentaba por igual a los indios con las unidades militares españolas que con los colonos. En cada caso, estos enfrentamientos nunca acababan de destruir los potenciales de recuperación del indio, aunque sí producían su desgaste demográfico, y con éste debilitaban su capacidad militar, tanto como su aptitud política. El indio se rehacía y seguía hostigando a los españoles, pero más que un valor estratégico, lo que se manifestaba era un valor táctico.

Durante el período español el Norte de México fue ganándose muy lentamente para el asentamiento estable de familias, y cuanto más al Norte se profundizaba, mayor era la inseguridad. Por su más lejana septentrionalidad, el Nuevo México se constituyó en un típico territorio de frontera a lo largo de mucho tiempo, con lo cual su precaria vida rural fue mucho más definida que su también precaria vida urbana.

En estas condiciones, la radicación española en forma de familias estuvo constantemente amenazada por la inestabilidad, en varios sentidos. Por una parte, y debido al hostigamiento indio, y por otra a causa de las condiciones naturales del habitat de la región que sólo permitían la agricultura en el curso verde del Río Grande y del Pecos, y en los afluentes de ambos. También ciertamente eran buenas las posibilidades para el ganado, pero se hacía difícil sostenerlo expuesto a las incursiones indias.

En otros órdenes, los indios Pueblo eran las únicas poblaciones agrícolas que podían constituirse en fuerza de trabajo idónea para los españoles, pero en este sentido, bajo la protección misionera no acababan de ser atraídos por los colonizadores, pues mientras, por una parte mantenían su estructura política tradicional, basada en organizaciones autónomas semejantes a las cabilas norafricanas, al mismo tiempo su actividad económica, por semejante a la de los colonos españoles del común, y por estar protegida por los misioneros, mantenía un curso étnico socialmente separado de la estructura social española. De hecho, y en su dinámica, los Pueblos manifestaban una orientación competitiva frente a la de los colonos españoles.

Desde esta primera perspectiva, destaca que la concentración de poblaciones españolas constituyó la única alternativa de resistencia a las incursiones indias, pero cuando estas tribus reunían sus fuerzas y creaban grandes coaliciones militares, la tropa de los "Presidios" y los civiles españoles capaces de combatir no resultaban definitivamente decisivos para destruir a estos guerreros indios. Hay ejemplos abundantes de éxito conseguido por estas coaliciones indias en lucha contra los escasos efectivos españoles dedicados a proteger a las familias colonizadoras. La rebelión de los indios Pueblo en 1680, y la toma de Santa Fe, representan un hito en esta capacidad india de resistir y destruir, según los casos, el asentamiento español.

Desde luego, la supervivencia de este asentamiento requería, 1) aumentar el número de familias españolas, además de sus recursos y bienes de capital, 2) incrementar la tropa de protección y sus medios de combate, 3) disminuir la resistencia y la presión indias.

Lo primero fue un proceso histórico muy lento, pues eran muchas las familias desmoralizadas a causa de la ruina constante que experimentaban de cosechas y ganados; y en todo caso, en las condiciones tecnológicas de la época, los áridos territorios de Arizona y Nuevo México apenas permitían grandes concentraciones humanas. En la realidad, el poblamiento tenía un futuro más basado en la ganadería y en sus derivados industriales, que en la agricultura. Si acaso, ésta tenía que ser altamente selectiva y no entraba en los difíciles supuestos de la orientación del mercado de la época el desarrollo de una economía competitiva basada en explotaciones de parcelas familiares.

Lo segundo, o incremento de tropa española para la protección del poblamiento era ya difícil en este tiempo debido a la enorme y estrizada dispersión del esfuerzo militar español, lo cual originaba su debilidad ofensiva en las fronteras indias septentrionales, y por lo mismo determinaba, por su parte, una orientación propiamente defensiva y conservadora. En este sentido, los "Presidios" sólo podían dar asistencia o ayudas coyunturales, pero apenas podían emprender por sí mismos campañas militares de signo definitivo. Y en tal caso, no sólo lo impedía el pequeño número de sus efectivos, sino también la misma táctica de atacar y correr de los indios.

El tercer supuesto o referido a la resistencia india y a su

capacidad relativa de guerra, si bien era notorio su desgaste, sin embargo, nunca fue lo suficientemente decisiva la respuesta española al limitarse a una estrategia de contención. Si acaso, los diferentes grupos indios -sobre todo apaches, comanches, yutas y navajos- siempre estuvieron activos contra los europeos, y aunque sus fuerzas guerreras eran ya muy débiles cuando los anglos irrumpieron en el Oeste, sin embargo, hasta finales del siglo XIX no demostraron encontrarse en una efectiva decadencia combativa.

Prácticamente, entonces, la movilidad territorial de los campamentos indios y el empleo por estos de tácticas basadas en la incursión de pequeñas partidas de guerra, conocedoras del terreno y hábiles para escapar a la represalia, fueron condiciones importantes para que el desarrollo urbano fuera muy precario. La urbanización efectiva comenzó con la aculturación del indio, y fue posible cuando éste se convirtió en un elemento relativamente activo de la economía de mercado, y aunque en las primeras épocas éste consistía en transacciones de trueque, sin embargo, concurría a las ferias y participaba en la actividad comercial incrementando también sus necesidades sociales más allá de las tradicionales economías de subsistencia. La entrada del indio en las villas, y la misma actividad mercantil de Taos y Santa Fe, permitían, por lo menos en esta última mantener ciertas funciones urbanas, esto es, actividades separadas de la producción directa de alimentos. Pero, a pesar de ello, la actividad urbana en el Nuevo México carecía de la calidad de vida que podía reconocerse en las regiones del Sur a partir de lo que es actualmente el Norte de México. Definidamente, sin embargo, la llegada de los anglos coincide con el comienzo del colapso demográfico de las sociedades indias en esta región del gran Suroeste.

En torno a las formaciones históricas de este contexto, es obvio que las alternativas que se ofrecían a las poblaciones "sobrantes" en los repartos de conquista eran las de proseguir con éstas hasta lograr un sitio en el sistema social hispánico. La dinámica conducía hacia el Norte. Veamos, pues, un poco más sobre las condiciones en que eso ocurría.

Los Hispanos como Identidad Étnica

Al emprender el estudio de una forma de vida, la de los hispanos, parece indispensable referirse a sus antecedentes, y en estos al modo como alcanzaron el Nuevo México hasta constituir, finalmente, este territorio en el hogar definitivo de los descendientes de una cultura: la española.

Desde luego, los actuales hispanos del Nuevo México tienen una historia propia, cronológicamente intermedia, en cuanto a su antigüedad de origen y asentamiento en lo que fuera provincia española de la Nueva España, que podemos situar entre la de los habitantes indios ancestrales, por una parte, y la de los anglos posteriores, por otra. Junto con los primeros y con los últimos, los hispanos han hecho la historia del Nuevo México, aunque en términos de convivencia cronológica su tiempo étnico ha sido más prolongado con el de los indios que con el de los anglos.

Durante un cierto tiempo, desde 1598 hasta 1846, los hispanos han dominado políticamente el Nuevo México, y han impreso en este territorio la ley de su cultura. A lo largo de este tiempo secular, los hispanos se han hecho carne y sangre de esta región y han vivido, desde el siglo XVI, acontecimientos y fortunas de todo signo hasta ser legitimados, por su nacimiento en ella, como hijos de esta tierra. Desde esta perspectiva, lo que fueran al comienzo familias de diferentes extracciones raciales y étnicas, se han transformado en un grupo étnico único: el de los hispanos. Digamos primero, pues, qué son los hispanos.

El concepto de hispanos en Nuevo México debe entenderse como la denominación étnica que ha resultado de la culminación de un proceso histórico de alianzas entre familias de distintas sangres raciales y de mezclas entre individuos que al comienzo del poblamiento de la Provincia del Nuevo México por Oñate (1598), aparecían separados por cualificaciones etno-raciales que no sólo definían diferencias de origen, en este sentido, sino que también manifestaban diferencias en los privilegios sociales de las personas que se reconocían específicamente como españoles peninsulares, criollos, mestizos de diferentes líneas raciales, y de indios hispanizados. Los hispanos son, pues, un grupo étnico racialmente mestizado en su mayor parte, que tomó su identidad de la tradición cultural española

en el Nuevo México. Asumió dicha identidad a partir de la síntesis de sus diferentes grupos pobladores iniciales: españoles y criollos, mestizos de toda índole, e indios hispanizados.

Esta mescolanza étnica y racial representaba un amplio y diverso espectro interno que el poblamiento español reconoció en forma de distribuciones localizadas, que ciertamente respondían al diferente estatus inherente a un régimen social fuertemente estratificado. Dicha estratificación marcaba, primero, méritos adscritos a la raza del individuo, pero en el caso del Nuevo México y de las generaciones descendientes de españoles, alojadas después en el norte septentrional de México, las líneas de clase que habitualmente definían diferencias raciales de origen, pronto fueron muy lábiles porque las necesidades de conquista condujeron a reclutar contingentes humanos más en función de los grados relativos de identidad con las políticas de la Corona, que con los grados de pureza racial que pudieran exhibirse en el momento de cada reclutamiento. De hecho, la condición más exigente puesta en regiones de frontera ya no era tanto el grado de racialidad pura, como el grado de religiosidad y de fidelidad política a la Corona que se pudiera demostrar.

En este punto, si las grandes propiedades se adjudicaban a los conquistadores españoles que se distinguían por sus aportaciones económicas y por los favores que recibían de la autoridad real, los poblamientos masivos se ofrecían en función de las familias disponibles que aseguraban, por fijación territorial, la continuidad de la expansión política y que, por otra parte, reunían los requisitos de ser cristianas y demostrar su devoción a la monarquía española. De ahí el que si la frontera no ofrecía grandes atractivos a los conquistadores más importantes, sí lo tenía para soldados de menor fortuna o para capitanes ilusionados con la obtención de un poder feudal que cuanto más lejos del control virreinal, mayor oportunidad tenía de manifestarse. Por añadidura, para las familias que poseían como único patrimonio el de su hispanidad y de su capacidad para permanecer y reproducirse en los peligrosos y abiertos territorios de la profunda frontera del Norte, ésta era una ocasión de tener un patrimonio con el que fundar una hacienda.

La población de los actuales hispanos del Nuevo México tiene, por lo tanto, una connotación de síntesis histórica, cultural, racial y

étnica, alcanzada a lo largo de un tiempo de permanencia en esta región cercano a los cuatro siglos, de los cuales dos siglos largos corresponden al período español. Los hispanos actuales son, por lo mismo, una población que inicialmente estuvo constituida por grupos raciales y étnicos diferentes, pero que tenían en común su hispanidad y el reconocimiento de la autoridad política de la corona española.

Si al comienzo de la colonización del Nuevo México por Oñate y el repoblamiento posterior efectuado por Vargas (1692) estas poblaciones se manifestaban separadas en sus secciones y podían localizarse como "españolas" o como "genízaras", con el tiempo adoptaron otra identidad, la de "hispanos", porque si vivieron juntas las mismas vicisitudes y si tuvieron que militar unidas para conseguir su supervivencia contra los acosos indios, también desarrollaron estrategias de defensa común, y con el largo tiempo de convivencia acabaron matrimoniándose unas con otras y fundaron linajes que si en origen habían estado diferenciados por el estatus racial y étnico, finalmente, las alianzas matrimoniales condujeron a la adopción de la nueva y única identidad: la de hispanos.

Así resulta, pues, que si históricamente, a partir de Oñate, todos los pobladores estaban hispanizados, a partir del periodo anglo adoptaron, por síntesis de mestizajes racial y cultura, por contraste con los anglos y con los indios de la región, la identidad de hispanos. Por otra parte, no importaría tanto el que muchos hispanos actuales puedan trazar un origen étnico y racial más o menos plenamente español, o mestizo, según los casos, como el que, en cambio, todos ellos asumieran una referencia hispánica basada en el hecho común de pertenecer a la misma tradición cultural de síntesis: la española del llamado periodo colonial ejercido durante dos largos siglos en lo que fuera propiamente la Provincia del Nuevo México.

Conforme a esta perspectiva, es importante destacar que los poblamientos de los españoles en el Nuevo México comenzaron siendo una expansión en la cultura española asentada poco antes en el actual norte de México. Esta cultura, a mediados del siglo XVI, ya no estaba totalmente constituida por españoles de origen; existían generaciones de criollos y de mestizos que ambicionaban repetir las hazañas de sus progenitores, y había también grandes números de indios que se habían hispanizado y que compartían con los españoles las vicisitudes

propias de las expediciones que se emprendían en dirección al dilatado y difícil marco geográfico del Norte, esto es, más allá de las regiones antes dominadas por los chichimecas.

El avance español hacia el Norte se detuvo finalmente hacia los 40 grados de latitud Norte en California, hacia los 38 grados de latitud Norte ya en el actual Estado de Colorado, y hacia los 30 grados de latitud Norte en el Golfo de México. Hasta dicho entonces, la expansión hacia diversos puntos septentrionales fue una odisea de grupos de hombres y de familias tenaces que siempre acababan consolidándose a pesar de muchos fracasos y de primeras y precarias experiencias de poblamiento. Y en cada caso, todos quienes avanzaban eran gentes sacadas directamente de España, o eran peninsulares reclutados de otras expediciones habidas en partes diferentes de América, mientras otras ya eran nacidas en la Nueva España, bien como criollos o simplemente como mestizos identificados con la sociedad española de la que formaban parte.

Asimismo, los indios ya hispanizados constituían los agregados de fuerzas expedicionarias que a medida que se instalaban con sus familias en los nuevos territorios adquirían un estatus étnico hispánico y adoptaban el modo cultural español. Este modo tenía un carácter adaptativo, pues las circunstancias de tener que desenvolverse en un medio plenamente americano introducía algunas variables indias en la vida cotidiana de estas poblaciones, cualquiera que fuese su origen. En este sentido, aunque en grados diferentes de asimilación, mientras los indios se hispanizaban, los españoles se indianizaban, sobre todo aquellos de éstos que conforme se aislaban de su fuentes culturales nutricias, se veían compelidos a adoptar elementos de subsistencia de origen local. Esto es, cada región india poblada por españoles y por individuos hispanizados proporcionó a éstos su propia experiencia en forma de plantas y animales que, traducidos a recursos ambientales, constituían también tradiciones culturales locales.

El curso de estas experiencias de intercambio entre españoles, castas hispanizadas e indios locales, significó la experiencia de procesos de aculturación para todos ellos; o sea, cada parte influyó en la otra parte, aunque de modo diferente, pues en este caso la cultura española asumió la dominancia en los aspectos políticos, económicos, sociales, lingüísticos e institucionales en general, sobre todo en términos de

tradiciones cognitivas, de sistemas de valores y estructura de personalidad.

Este contexto se advierte, pues, como inicialmente heterogéneo racial, étnica y culturalmente, pero el proceso culminaría en la adopción de una sola identidad, la de hispanos por parte de todos aquellos que se habían aposentado como pobladores españoles en el Nuevo México y que se diferenciaban, al comienzo, por sus distintos orígenes étnicos y raciales. De este modo, la palabra hispanos refiere a esta síntesis de identidad constituida a lo largo de un periodo histórico español en el Nuevo México. Este proceso representó un progresivo mestizaje entre todos quienes comenzaron siendo diferentes y acabaron, por disolución de sus definiciones raciales, siendo iguales en su denominación de hispanos.

Al final de este proceso no importaba ya tanto el origen primero de estos pobladores, pues lo más cierto es que los avatares de su lucha contra el medio natural y los antagonismos étnicos acabó uniéndolos y hasta igualándolos en un solo destino y en una sola sociedad global. Sólo unas cuantas familias de hacendados, especialmente, pudieron mantener posiciones sociales de estatus superiores y de exclusividad sobre las del resto de sus congéneres españoles e hispanizados, su posición étnica evolucionó hacia la misma denominación de hispanos. Esto es, se identificó con la de aquellos que ya habían alcanzado esta identidad, con independencia de sus grados relativamente definidos de mezcla racial.

El carácter específico de esta identidad de hispanos se había consolidado a partir, pues, de la consciencia de una cultura común cimentada, básicamente, en la lengua que les comunicaba, y en la religión que practicaban, pero asimismo, les unía su tradición de fundadores y la solidaridad hispánica que a través de los siglos los definía como una forma de vida propia, diferente a la de los indios, y diferente también a la de los anglos.

Como consecuencia de esta unidad cultural o de patrimonio común de una comunidad constituida por villas, pueblos, haciendas, plazas y ranchos, estas poblaciones fueron disolviendo poco a poco aquellas denominaciones étnicas, o más bien raciales, que en origen les habían distinguido y que llevaron a que también vivieran, al comienzo de su establecimiento en Nuevo México, separadas aunque vecinas en

sus agrupamientos. Poco a poco su posición étnica original fue configurándose como una misma identidad en la que las causas de unión fueron más poderosas que sus diferencias iniciales. La fragua común que los hizo étnicamente iguales fue precisamente su hispanización, y de ahí que al final se sintieran legitimados por contraste como una sola identidad: la de hispanos.

Al respecto, si las alianzas matrimoniales entre las diferentes etnias y razas acabaron siendo un rasgo común en el Nuevo México, tampoco cabe olvidar que fueron frecuentes los raptos mutuos de mujeres entre indios y poblaciones hispánicas, hasta el extremo de que muy pocas familias de ambos grupos pudieron particularizarse, al final del período español, como líneas genealógicas puras. La movilidad y circulación genéticas, por intercambio interétnico, fueron una constante en el territorio. Si acaso, la adopción de nombres o apellidos españoles podría representar una dominancia socialmente más cultural que genética, y aunque, de hecho la palabra "hispano" en el Nuevo México corresponde a la identidad adoptada por un grupo mixto inicialmente español e hispanizado, el "hispano" corresponde también a la expresión de este proceso de hispanización que una vez adoptado incluye a quienes genéticamente no lo eran plenamente.

Este es un proceso que tiene su fuerza en la movilidad de sus poblaciones, particularmente de los varones, y es preciso reconocerlo como factor importante en la hispanización del conjunto mestizo predominante. Sus caracteres culturales en el presente caso los presentamos en el contexto de una dirección política, religiosa y lingüística dominante, la española. Esta, en los inicios de su poblamiento y desarrollo social en el Nuevo México debe considerarse como situada a medio camino entre una orientación urbana y una capacidad relativa muy pobre de realizarse en dicho sentido. Esta última demuestra que dicho programa no podía cumplirse plenamente porque lo impedían las mismas condiciones del medio total: sobre todo el que definían en sus adaptaciones específicas al medio las poblaciones que luchaban por su subsistencia. Este viene a ser el punto de partida que condujo al desarrollo de la dialéctica y dinámica constituyentes de esta historia de los hispanos del Nuevo México, cuyo comienzo se iniciaba en su poblamiento desde la expedición de Oñate, si bien es cierto que lo habían precedido, sin éxito de poblamiento,

otras expediciones, particularmente la de Vázquez de Coronado. Es obvio, por lo mismo, que la distribución de los pobladores españoles en lo que fuera nombrado el Nuevo México correspondió al criollo Oñate. Este fue el gran poblador del Nuevo México.

Sin embargo, este poblamiento tuvo contexto previo: el que resultaba de las posibilidades militares y misioneras que podían proporcionar, asimismo, los poblamientos emprendidos en retaguardia: la del actual norte de México. Esta perspectiva permite, pues, disponer de un fondo histórico necesario para entender el caso urbano de los "hispanos" de este Nueva México, hispanos que, en conjunto, se nos muestran como el resultado de una mezcla progresiva de individuos que al comienzo separados por conceptos etno-raciales definiendo a españoles, criollos, y a mestizos e indios hispanizados; y que, finalmente, se transformarían en su actual y propiamente única identidad étnica de hispanos.

Esto era posible, asimismo, porque también en el Nuevo México estaban naciendo nuevas generaciones de españoles; esto es, nacían individuos que como descendientes de pobladores se sentían ya parte de una tradición provincial, en ciertos sentidos arraigada en forma de costumbres que reconocían lo español como punto de referencia y que incorporaban, a través de procesos de sincretismo, adaptaciones locales y elementos de experiencia indios. En lo fundamental, se habían producido una readaptación de la identidad; o sea, en sus diversas variables de peninsulares, criollos, mestizos, y hasta genízaros, los españoles se habían convertido en hispanos. Este concepto era integrador, pues se basaba en el hecho de corresponder a una prolongada vida en común en el territorio de generaciones de etnias y razas diferentes que habían asumido la hispanidad como un sistema de identidad en el que se reconocían, a través del lenguaje, la religión, costumbres y tradiciones localizadas, y de hecho, una experiencia vivida en régimen de solidaridad.

El tono más fuerte de esta referencia lo constituía su vida en pueblos ranchos, haciendas y villas, y aunque en estas dos últimas el sistema diferenciaba a los hispanos entre sí socialmente en forma de amos y peones, y de pequeños y grandes propietarios, sin embargo, había cuajado ya una estructura de carácter rural ciertamente cohesionada en su estilo cultural, pues en éste todos se reconocían con

independencia de su distinta fortuna personal.

El reconocimiento de una identidad étnica única definida a través del concepto de hispanos, constituyó, pues, un proceso de fusión dependiente del arraigo relativo efectuado en el territorio provincial, arraigo que sólo podía confirmarse por medio de la reproducción de las primeras cepas raciales en forma de generaciones descendientes que, nacidas en esta región, asumían tradiciones y costumbres locales distintivas. Esta identidad de hispanos iba separando progresivamente sus intereses de los que representaban los funcionarios y los militares, directamente adscritos al sistema administrativo central de las instituciones escalafonarias españolas, hasta el punto de que ser hispano era equivalente a ser miembro de una etnia constituida por descendientes de españoles y de mestizos e indios hispanizados, específicamente nacidos en el territorio a partir de los pobladores que vinieron con Oñate, primero, y con Vargas, después.

Este conglomerado étnico fue producto de fijación generacional en el Nuevo México, y se distinguió prontamente de los funcionarios y de los militares por el hecho de sentirse hispanos por derecho de nacimiento en una provincia española. Aún manteniendo sus nexos y fidelidades políticas con España, e incluso reproduciéndose en las cepas raciales de origen, sus descendientes habían asumido el Nuevo México como identidad política territorial propia.

Esta connotación de hispanos era, pues, sinónima de un proceso adaptativo de generaciones, proceso que compartían con los indios de la región y que, poco a poco, les había familiarizado mutuamente. Ambos grupos, hispanos e indios, mantenían una identidad étnica separada, y desde luego referían sus cepas raciales y sus orígenes culturales a parentescos distintos. Sin embargo de eso, nacidos en el territorio, los hispanos asumían sus relaciones con otros grupos a partir del supuesto de ser descendientes de fundadores de propiedad en tierras previamente "vacías" que, por estarlo, legitimaban estas gentes con su trabajo y con su identidad territorial.

El proceso histórico había sido, pues, el propio de quienes nacen en un territorio y lo heredan de padres que, asimismo, lo han trabajando y cuidado con su esfuerzo personal. En lo esencial, ser hispano vino a ser, por lo tanto, sinónimo de descendiente de pobladores españoles que, en el tiempo y en el espacio, suprimieron

sus primeras denominaciones diferenciales de peninsulares, criollos, mestizos, indios, tlaxcaltecas y genízaros, mientras, a cambio, asumieron la identidad única de una cultura común, la del modo ser hispánico reproducido a través de generaciones ya nacidas en el Nuevo México, que hablaban en español, que practicaban la religión católica y que habían fundado una tradición cultural. En este sentido, los hispanos se distinguían, además, por la homogeneidad de una forma rural de vida y por el desarrollo de comunidades locales que articulaban políticamente con las villas con una gobernación provincial. En este contexto, la Provincia y el Gobernador representaban una unidad política singular dentro del sistema institucional español y de la Nueva España, o de las Provincias Internas, en su caso. Ocurría porque su aislamiento geográfico, por una parte, y su peculiar modo de ser y de vivir hispánico, en contraste con el indio y el anglo, les proporcionaba por sí una identidad diferenciada en el Nuevo México. El nacimiento y arraigo en este territorio, la comunidad lingüística y religiosa, y la cohesión de su estilo de vida acabaron confirmando una única identidad.

BIBLIOGRAFIA

BARREIRO, Antonio, 1976, *Adiciones a Pino...*, 1839. En: FLORESCANO y GIL, pp. 201-318.

CROUCH, Dora; GARR, Daniel; MUNDIGO, Axel, 1982, *Spanish City Planning in North America*. Cambridge, Mass., The MIT Press.

ECUDERDO, José Agustín de, 1976, *Compilación y Notas a Pino...*, 1849. En: FLORESCO y GIL, pp. 201-318.

ESPINOSA, J. Manuel, 1939, *The Recapture of Santa Fe, New Mexico, by the spaniards December 29-30, 1693*. THE HISPANIC AMERICAN HISTORICAL REVIEW, 19, 4: 443-463.

ESTEVA FABERGAT, Claudio, 1982, *Reflejos Morales en la Literatura Oral: El Caso de los Hispanos de Nuevo México*. En: ETHINICA, No.18 vol.II: 69-92. Barcelona.

ESTEVA FABREGAT, Claudio, 1988, *El Mestizaje en Iberoamérica*. Madrid, Editorial Alhambra. 401 pp.

ESTEVA FABREGAT, Claudio, 1989, *La Corona Española y el Indio Americano*. Madrid, Asociación Francisco López de Gómara. 2 vols: I, 232 pp.; II, 211 pp.

FLORESCANO, Enrique y GIL SÁNCHEZ, Isabel (Compiladores), 1976, *Descripciones económicas regionales de Nueva España. Provincias del Norte. 1790-1814*. México, D.F., SEP/INAH.

GUARDA OSB, Gabriel, 1975, *Tres reflexiones en torno a la fundación de la ciudad indiana*. EN: SOLANO, Ed., 89-106.

HARDOY, Jorge H., 1975, *La forma de las ciudades coloniales en la América española*. En: SOLANO, Ed., 315-344.

FERNANDEZ SANCHEZ-BARBA, Mario, 1957, *La última expansión española en América*. Madrid, Instituto de Estudios Políticos.

FERNANDEZ SANCHEZ-BARBA, Mario, 1981, *Historia de América*. 3 vols. Madrid, Editorial Alhambra.

JONES Jr., Oakah L., 1979, *Los Paisanos. Spanish settlers on the Northern Frontier of New Spain*. Norman, University of Oklahoma Press.

MORSE, Richard M., 1975, *Introducción a la historia urbana de Hispanoamérica*. En: SOLANO, Ed., 9-53.

NAVARRO GARCIA, Luis, 1964, *José de Gálvez y la Comandancia General de las Provincias Internas*. Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, CSIC.

PINO, Pedro Bautista, 1976, *Noticias Históricas y estadísticas de la antigua Provincia del Nuevo México, presentadas por su diputado en Cortes, 1812*. En: FLORESCNO y GIL, Compiladores, pp. 201-318.

RECOPILACIÓN DE LEYES DE LOS REYNOS DE INDIAS ... (1681), 1975, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica. 4 Vols.

SOLANO, (Coordinador), Francisco de, 1975, *Estudios sobre la ciudad iberoamericana*. Madrid, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, CSIC.

STANISLAWSKI, Dan, 1961, *The origin and spread of the grid-pattern town*. En: THEODORSON, ED., 294-303.

TAMARÓN y ROMERAL, Pedro, 1937, *Demostración del vastísimo Obispado de la Nueva Vizcaya - 1765 Durango, Sinaloa, Sonora, Arizona, Nuevo México, Chihuahua y porciones de Texas, Coahuila y Zacatecas, 1765*. Introducción bibliográfica y acotaciones por Vito Alessio Robles. México, Antigua Librería Robredo, de José Porrua, 1937.

THEODORSON, Ed., George A., 1961, *Studies in Human Ecology*. Evanston, Ill., Row, Peterson and Company.

VILLASEÑOR y SÁNCHEZ, Joseph Antonio, 1746, *Theatro Americano. Descripción general de los Reynos y Provincias de la Nueva España, y sus Jurisdicciones*. México, Imprenta de la Viuda de D. Joseph Bernardo de Hogal.